

## *La dictadura de Franco\**

Valeriano Bozal

Nosotros estábamos allí. De allí salimos. Del mundo que narra, con sobriedad y eficiencia, Borja de Riquer en su historia de la dictadura franquista. Salimos de aquella represión, de aquellos ministros y gobernadores civiles, de aquellos burócratas del Movimiento, del estraperlo. Salimos de todo eso. Nos impresiona profundamente leerlo ahora, como en un resumen, un panorama de capítulos que son testimonio y análisis de la vida que en buena parte hemos vivido. Y al leerlos no podemos olvidar este hecho.

Las grandes líneas del análisis de Borja de Riquer son: la organización e institucionalización del régimen, las circunstancias económicas y sus profundos cambios a lo largo de los años, las transformaciones sociales, las características y actividades de la oposición al régimen y, en menor medida, las manifestaciones culturales. Estas grandes líneas, interdependientes, se periodizan en tiempos de duración desigual: los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil, los de la Segunda Guerra Mundial, constituyen el primer período, que culmina en el aislamiento y, después, la aceptación internacional del régimen

\* Borja de Riquer, *La dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica / Marcial Pons, 2010. Volumen 9 de la *Historia de España* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares.

**La balsa de la Medusa,**  
Segunda época, 2, 2010

(aceptación con cautelas que exigen matices); el tiempo comprendido entre 1950 y 1957, con cambios importantes en la estructura del poder y, de inmediato, los planes de estabilización y desarrollo; el desarrollo es la tercera etapa, con la precaria modernización del país, con una más que notable conflictividad social; por último, crisis y agonía del franquismo en los años setenta.

La periodización no es nueva, pero Borja de Riquer ha sabido articular las diferentes instancias en torno a problemas afectados por todas ellas y en torno a preguntas que todos nos hacemos. Cuando Franco muere en 1975 —y muere en la cama— el régimen no ha llegado a institucionalizarse y sigue en entredicho. Han pasado treinta y seis años desde 1939 y el régimen ni se ha institucionalizado ni se ha legitimado. El autor cierra su relato constatando esta situación, una reflexión que recorre todas sus páginas:

Había fracasado la lenta y compleja institucionalización del régimen franquista iniciada ya en la década de 1950 que debía dejar el régimen preparado —atado y bien atado— para su continuidad una vez desaparecido su fundador (p. 753).

¿Por qué no se institucionalizó? ¿Por qué, a pesar de su falta de legitimidad, duró todos estos años? No se institucionalizó, ¿porque no quiso, no pudo, no supo hacerlo? Las tres causas convienen a la respuesta. En los primeros años podía haberse institucionalizado como un régimen fascista, pero la evolución de la contienda mundial y la derrota del fascismo y el nacionalsocialismo acabaron con esta posibilidad.

Después, el proceso de institucionalización chocaba tanto con problemas internos —la estructura de poder— cuanto con dificultades externas: la evidente diferencia entre el franquismo y las democracias europeas. Pero, además y por encima de todo, también en el primer momento, el régimen adquirió un marcado carácter personal, que no abandonó nunca, ni siquiera en los años setenta. Franco evitó por todos los medios que la estructura de poder, el sistema de grupos y sectores políticos sobre los que se apoyaba, pudiera hacerle sombra, ni siquiera equilibrar un poder personal absoluto.

¿Cómo pudo entonces, sin una institucionalización consistente, mantenerse tan largo período de tiempo? Borja de Riquer señala varios factores: la política represiva, siempre intensa, aunque en grado variable a lo largo de los años (conviene recordar que poco antes de la muerte del dictador se ejecutó a presuntos miembros de ETA y FRAP tras haber decretado el estado de excepción en Guipúzcoa y Vizcaya durante tres meses), que prolongaba la política represiva mantenida durante la Guerra Civil (una represión que puede caracterizarse en buena medida como «colonial»); después, segundo, el apoyo de las dos instituciones que habían ganado la guerra: la Iglesia católica y el ejército, aquella legitimando la política general del franquismo y en particular su actividad represiva (además de ocupar amplios espacios en la sociedad civil, educación cultura, costumbres, etc.), éste, garantía de fuerza y referente último del orden establecido<sup>1</sup>; en ter-

<sup>1</sup> «En el conjunto de la etapa franquista, desde 1939 hasta 1975, aproximadamente el 28

cer lugar, el apoyo implícito y explícito de la burguesía y la alta burguesía, que prefirió «hacer negocios» a «hacer política» (en relación con este punto conviene destacar la importancia que adquirió la corrupción, que «engrasó» el funcionamiento del estado en todos sus niveles e instituciones, también las militares); el cuarto factor a tener en cuenta es el fracaso de la oposición, esperanzada en una derrota del franquismo tras la derrota del EJE, reprimida con la violencia más extrema e incapaz de elaborar un proyecto nuevo y eficaz. Borja de Riquer es taxativo, y polémico, a este respecto:

El antifranquismo político había fracasado en su objetivo fundamental de acabar con el régimen de Franco, pero no sólo a causa de la persistente y brutal política represiva del franquismo y de la actuación tibia y tolerante de los países occidentales con la dictadura, sino también porque todas las estrategias arbitradas, desde la vía diplomática hasta la lucha armada, se habían mostrado ineficaces. Así, debe destacarse que la oposición al régimen de Franco se mostró incapaz de ofrecer una alternativa política a la dictadura que fuese realmente unitaria y que posibilitase una acción conjunta. No sólo no hubo unidad sino que durante la década de 1940 se acentuaron las divisiones internas e incluso su mala imagen en el exterior. Además, era patente el gran divorcio político entre la actuación del exilio y el arriesgado activismo polí-

por 100 de los ministros nombrados por Franco fueron militares, con un mayor predominio durante las décadas de 1940 y 1950» (p. 26). Entre 1939 y 1945, los militares ocupaban el 45 por 100 de ministros y altos cargos, entre 1945 y 1957, el 43 por 100 (p. 25).

tico y sindical del interior. En 1950, éste último presentaba un trágico balance de miles de muertos y de detenidos (p. 240).

Estas palabras corresponden a los primeros años cincuenta, pero se hacen extensivas a buena parte de la Dictadura, que Borja analiza en las diferentes etapas<sup>2</sup>. Las luchas internas de la oposición, incluso en el interior de un mismo grupo o partido, y la incapacidad de las fuerzas políticas antifranquistas para «iniciar una reflexión sobre la particular naturaleza del franquismo, sobre las nuevas lealtades creadas por la guerra civil, sobre los diferentes intereses materiales e ideológicos que se agrupaban en torno al régimen de Franco y de las particulares estructuras de poder que éste había creado» (pp. 207-208), son causa del fracaso de la oposición.

Borja de Riquer atiende con bastante minuciosidad a la historia de estos grupos: a los que por un sectarismo notable de su dirección en el exterior (pp. 436-437) casi llegaron a desaparecer: «hacia 1960, el PSOE en el interior de España era más un recuerdo histórico que una organización presente en las luchas obreras y estudiantiles. Igualmente, la UGT tenía a sus dirigentes y la mayoría de sus organizaciones en el exilio» (p. 440)<sup>3</sup>; a los

que carecen de un colectivo social que los respalde, tal como sucede con muchos de los presentes en el «contubernio de Munich»; a los que deciden cambiar los parámetros de su estrategia política hasta convertirse en punta de lanza de la oposición: es el caso del PCE (pp. 441-444)<sup>4</sup>; a los que prácticamente se disuelven en medio de enfrentamientos internos, como sucede con los colectivos anarquistas (p. 439); a las particularidades de los grupos nacionalistas, a los que Borja de Riquer presta en todo momento particular atención<sup>5</sup>.

El desarrollo de la Guerra Civil y su desenlace han creado una situación que hace más ineficaz a la oposición, predominan la desconfianza, el sectarismo y el veto a los comunistas (además de la petición de responsabilidades por lo ocurrido). Hasta que el PCE no formula y difunde su política de reconciliación nacional no *empiezan* a cambiar las cosas, pero son necesarios muchos años y una evidente independencia de Moscú para que esa política sea por completo provechosa (p. 443). Aún así, todavía en 1974 se crea la Junta Democrática (PCE, PSP de Tierno Galván, Partido Carlista, PT, CC. OO y personalidades independientes), de la que está ausente el PSOE, y en 1975, a iniciativa de este partido, la Plataforma de Convergencia Democrática (PSOE, UGT, Izquierda Demócrata

el exterior; la militancia de UGT apenas llegaba a los 3.000 militantes. (p. 740)

<sup>4</sup> En 1975 el PCE contaba con unos 20.000 militantes en el interior, de los cuales 6.000 lo eran del PSUC. (p. 741)

<sup>5</sup> Estudia también con detenimiento la creación del Frente de Liberación Popular (FLP) en septiembre de 1958, bajo la dirección de Julio Cerón, Ignacio Fernández de Castro y Ramón Recalde (pp. 445-447).

<sup>2</sup> «Si bien era evidente el fracaso de las estrategias de restaurar la República, no todos los grupos lo aceptaron y lograron superar esta situación. Muchos de ellos no supieron renovar sus análisis y propuestas, adaptar sus organizaciones o modificar las formas de acción, con lo cual acabaron automarginándose de las nuevas luchas populares.» (p. 436).

<sup>3</sup> El PSOE contaba en 1974 con unos 2.500 militantes en el interior y poco más de 1.000 en

Cristiana, Consejo Consultivo Vasco [PNV, ANV, STV, UDC], Partido Social-Demócrata, Partido Galego Social-Demócrata, UD del País Valencià, Reagrupament Socialista, MC, ORT), que sólo se unirá con la Junta tras la muerte del dictador, en 1976.

Un factor decisivo en la cristalización de la oposición antifranquista fue la creación de Comisiones Obreras, que obtuvo la victoria en las elecciones sindicales de 1966, en las que participó más del 84 por 100 del censo, lo que consagró la táctica del «entrismo», es decir la utilización de la Organización Sindical oficial para imponerse de facto como la organización representativa de los trabajadores e incluso ser aceptada como tal por los empresarios (pp. 555-559).

La confluencia de los factores citados y la debilidad de la oposición permitió la permanencia del franquismo. Ahora bien, y en este punto es posible polemizar con Borja de Riquer, ¿hasta qué punto no existía una legitimación del régimen, una legitimación de facto, fundada en un apoyo social y político —el llamado franquismo social— del que la Iglesia católica y el ejército eran sólo punta del iceberg?

Borja de Riquer afirma que el franquismo supuso una ruptura con el proceso histórico, mas, ¿cuál fue la profundidad de esa ruptura? Existe una ruptura política con la IIª República y, en general, con la tradición del liberalismo español que surgió en las Cortes de Cádiz, pero no con la tradición reaccionaria del absolutismo español, del que la Iglesia católica y el caciquismo constituyen la máxima expresión (junto con un ejército que a lo largo del siglo XIX y primeros treinta años del XX evoluciona hacia posiciones profunda-

mente reaccionarias y autoritarias). El Movimiento enlazó estrechamente con esas fuerzas, sus burócratas se insertaron sin dificultades en el sistema caciquil dominante, practicaron la corrupción con la misma diligencia y tuvieron el amparo de la Iglesia católica en todo momento. Borja de Riquer resume la situación en los años sesenta:

La fortaleza política del franquismo en aquellos momentos era evidente a pesar de las disensiones internas, que eran ampliamente superadas por la unánime unidad en torno a la figura de Franco. Aunque las viejas familias políticas fundadoras del régimen habían tendido a recomponerse, Franco contaba con el incondicional apoyo de todas ellas, a excepción de una parte del tradicionalismo, los llamados «javieristas». Además, el Caudillo gozaba del claro sostén de las Fuerzas Armadas y de la inmensa mayoría de la jerarquía católica, pese a que una parte empezaba a dar muestras de desconcierto ante el rumbo que estaba adquiriendo el Concilio Vaticano II. Igualmente persistía el consenso adquirido por el régimen de Franco en el mundo de los hombres de negocios, financieros, industriales, grandes comerciantes y propietarios. Éstos habían sido los mayores beneficiados de su protección política y social y en la década de 1960, también lo serían del nuevo desarrollo económico. Las diferentes fracciones burguesas españolas no mostraban la más mínima disidencia ni discrepancia política respecto a la dictadura de Franco. Incluso amplios sectores de las clases medias urbanas y rurales mostraban una pasiva aceptación de la situación existente. Con respecto a las clases populares si bien ciertamente era menor el grado de

hostilidad política que en la década de 1940, continuaba existiendo un pasivo recelo ante el régimen, nunca visto como algo propio. Sin embargo, la incipiente mejora del nivel de vida empezaba a causar sus efectos en forma de acomodamiento al incipiente consumismo (pp. 484-485).

Las transformaciones económicas y sociales de la década de los sesenta tuvieron efectos ambivalentes. Si, por una parte, crearon una burguesía nueva, y relativamente próspera, con valores en gran medida diferentes a los establecidos y costumbres diversas de las habituales, también, por otra, consolidaron como normal una situación política por completo anormal. La actual negativa a conocer y reconocer el pasado, a condenar el franquismo, la persistencia del llamado franquismo social tienen una explicación plausible en aquella situación, que enlazaba con la tradición reaccionaria española, la más poderosa en nuestra historia.

Los años del desarrollo produjeron una indudable modernización del país. Si a principios de la década de los sesenta, la agricultura, la industria y los servicios significaban dentro del PIB, respectivamente, el 17 por 100, el 38 por 100 y el 44 por 100, en 1974 estos porcentajes eran ya del 10 por 100, el 40 y el 49 por 100. Sin embargo, lejos de atribuir tales cambios al «milagro español», lo que sucedió es que nuestro país se aprovechó del ciclo expansivo de la economía europea, dejó de ser un país agrario y rural y se convirtió en un país industrial y urbano (p. 610). Ello se produjo en la tensión de amplios movimientos migratorios (dentro de la Península y hacia fuera de ella; pp. 636-645), profundas transformaciones

sociales (pp. 647-655), fuertes contradicciones entre el desarrollo económico y la falta de desarrollo político (la ley orgánica del Estado, 1966, fue la más importante entre las aprobadas en esta época; pp. 505 y ss.) y un incremento de la política represiva, que adoptó formas diferentes. En 1963 se suprimió la jurisdicción militar (reservada en adelante para actos en los que se hiciera uso de la violencia) y se creó el Tribunal de Orden Público (TOP).<sup>6</sup>

En 1969 la policía asesinó en Madrid al estudiante Enrique Ruano y en enero de ese año se decretó el estado de excepción en todo el país por un período de tres meses. Se agudizó la rebelión de los estudiantes universitarios (pp. 560-573), la policía entró en las universidades y en las aulas de las facultades, incluso estableció «cuartelillos» dentro de los centros. En el seno de la Iglesia católica, al amparo del Concilio Vaticano II (1962-1965) se oyeron voces discrepantes (pp. 528-537).

Nada de esto impidió una profunda transformación económica y social. La producción industrial creció hasta 1974 a un ritmo anual del 10 por 100, aunque el crecimiento fue muy desigual —a finales de la década Cataluña, el País Vasco y Madrid concentraban el 85,3 por 100 de la producción industrial (p. 618)—. Creció el sector de bienes de consumo, tam-

<sup>6</sup> «La creación del Tribunal de Orden Público no supuso una disminución de la represión: en sus primeros cuatro años de actividad, se incoaron 4.500 sumarios por propaganda ilegal, asociación ilícita, reunión ilegal, manifestación ilegal e insultos al jefe del Estado, el 70 por 100 de los cuales concluyeron en duras condenas a los encausados.» (p. 483).

bién la producción de bienes de equipo, y se reestructuraron sectores tradicionales, como el textil. Se produjo el fin de la agricultura tradicional —entre 1960 y 1975 la población activa agraria disminuyó del 20 al 13 por 100 (p. 625)— y creció la banca privada —hacia 1970, los siete grandes bancos gestionaban el 70 por 100 de los recursos generados por el ahorro privado, controlaban el 89 por 100 de los valores existentes en bolsa y concedían el 60 por 100 de los créditos (p. 623).

Naturalmente, estos cambios económicos trajeron importantes cambios sociales, en las costumbres y en los sistemas de valores, transformaciones culturales con el desarrollo de los medios de comunicación de masas y una incipiente industria de la cultura, y fueron el marco en el que creció una cultura crítica que ya había dado sus primeros pasos en los años cincuenta. Borja de Riquer afirma que fue en el ámbito de la cultura de masas donde el franquismo mantuvo su hegemonía ideológica con más eficacia (p. 663), mientras que la cultura crítica, cualitativamente más importante, fue minoritaria (p. 669). Aporta datos abundantes sobre este hecho, pero quizá la articulación de esta información es una de las partes más débiles de su historia.

En las últimas páginas analiza los años finales del franquismo, crisis y agonía de la dictadura. Coincidieron varios factores: la ya mencionada incapacidad del régimen de institucionalizarse —manifiesta en los gobiernos de Carrero Blanco y Arias Navarro—, los enfrentamientos y suspicacias de sus diversos grupos, la muerte de Carrero Blanco a manos de ETA el 20 de di-

ciembre de 1973, la crisis económica y una inflación desbocada<sup>7</sup>, la intensidad del conflicto social —685.000 huelguistas en 1974, 647.000 en 1975—, que Borja de Riquer considera uno de los factores decisivos en la crisis final de la dictadura (p. 720), lo que acentuó la represión —el TOP incrementó las causas incoadas: 1.695 en 1972, 2.065 en 1973, 2.382 en 1974 y 4.317 en 1975; los tribunales militares procesaron en estos dos últimos años a 305 civiles por delitos contra la seguridad del estado (p. 724).

<sup>7</sup> «El temor del gobierno Arias a las movilizaciones sociales le hizo subordinar la política económica a sus intereses políticos inmediatos. El miedo a aplicar una política de ajustes salariales que incrementase el malestar social y el deseo de aumentar la demanda interna llevó al gobierno a la aceptación de incrementos salariales superiores al coste de la vida, desbocándose aún más la inflación. Se produjo entonces un nuevo fenómeno económico denominado 'stagflacion', es decir inflación con recesión, que duraría más de una década. La situación había evolucionado en una dirección absolutamente opuesta a la deseada por el gobierno: la economía española se estaba hundiendo en tiempos de gran incertidumbre política. La tasa de inflación pasó del 11,2 por 100 en 1973, al 15,7 por ciento en 1974 y al 17 por ciento en 1975, alcanzando el 25 por 100 en 1977. El crecimiento económico se frenó bruscamente, pasando del 5,7 por 100 en 1974 a tan sólo un 1,1, por 100 en 1975, mientras la tasa de paro, que afectó especialmente a la industria y la construcción, se doblaba entre esas mismas fechas. La situación del mercado de trabajo se agravó a causa del retorno de unos 150.000 españoles que trabajaban en Europa. La crisis económica tuvo un efecto demoledor sobre la estructura industrial española, especialmente en los sectores de la siderurgia, construcción naval, textil y metalurgia, que ante el descenso de la demanda exterior e interior fueron incapaces de adoptar medidas de ajuste y de reducción de la producción, considerando que la crisis sería sólo coyuntural» (p. 716).

Quizá pueda echarse en falta en la historia de estos últimos años el análisis de fenómenos como el de los colegios profesionales —arquitectos, abogados, licenciados, etc.— y su incidencia sobre los profesionales (necesarios en cualquier proceso de legitimación), las nuevas líneas políticas de los partidos de la oposición, en especial del PCE, un

tema muy someramente expuesto, las formas y la crisis de la cultura crítica, en el seno de la cual empieza a cobrar fuerza una línea despolitizada, los problemas del sistema educativo, etc., pero se trata de cuestiones que no ensombrecen la exposición tan sobria como efectiva de la historia de la dictadura.

---

Desde hace algo más de una década, nuevas ráfagas de ímpetu narrativo, que gran parte de la crítica daba por muerto en el cine de consumo, vienen sorprendiendo en series televisivas con un extraordinario éxito internacional. *Los Soprano*, *The Wire*, *A dos metros bajo tierra*, *Lost* o *Mad Men* han relanzado el peso de la narración como activo protagonista e impulsado a las televisiones nacionales a apostar por caballos nuevos en sus batallas por las audiencias. El fenómeno además ha crecido masivamente a través de Internet, siendo así uno de los exitosos productos audiovisuales que se han integrado fructíferamente, para beneficio de la industria audiovisual, en la red. Todo esto invita a reflexiones de carácter general sobre el alcance de este fenómeno que enloquen la atención hacia los ámbitos tecnológico, estético y sociocultural. Además, el hecho de que algunos de los mejores guiones hayan convertido las dinámicas de la narración serial en aliadas de la invención, situando la creación de nuevos planteamientos estéticos en un terreno distinto al conocido, también puede despertar nuevos planteamientos en las discusiones clásicas en torno al arte de masas.

La *balsa de la Medusa* invita a la aportación de artículos originales sobre estos temas y otros similares desde los ámbitos disciplinares de los estudios filmicos, la teoría del arte y la estética, los estudios culturales y la sociología. Se entenderán también del máximo interés las reflexiones de naturaleza crítica sobre los comportamientos narrativos de series en concreto.

Las propuestas deberán atenerse a las normas de publicación de la revista y tendrán una longitud máxima de 15 páginas. La fecha límite para el envío es el 30 de abril de 2011. La fecha prevista para la publicación del número especial es diciembre de 2011.

Héctor J. Pérez del Departamento de Comunicación audiovisual, Documentación e Historia del Arte de la Universidad Politécnica de Valencia es el editor invitado del número especial.

Más información en [revista@machadolibros.com](mailto:revista@machadolibros.com) y [hperez@dar.upv.es](mailto:hperez@dar.upv.es)